

PROPOSITOS.

1. La ceguera interior es tanto mas funesta, quanto es mas voluntaria, y por lo mismo mas difícil de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas: *Señor, tened misericordia de mí*; y el Salvador le pregunta qué quiere que se haga con él; solo por oírle decir: *Señor, que vea*. No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y corazón que juzguen estar verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. De aquí nace aquella obstinación en el error, aquella terquedad de partido, aquel aferramiento en su propio juicio y en sus propias ideas, que, siendo siempre efecto de alguna violenta pasión, cierran la entrada á la conversión, y todas las ventanas á la luz y á la impresión de la gracia. Este es el estado mas infeliz de todos los estados; considéralo como tal, y por tanto desconfía de tu propio juicio, de tu propia opinión, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no solo al juicio de la santa Iglesia, sin lo cual no hay salvación, sino tambien al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de extravíarte y de precipitarte en el error. Serás dócil si fueres humilde; la ceguera interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupción del corazón.

2. El Evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que solo se gobiernan por las máximas del mundo; y de aquí proviene aquella fatal seguridad en medio de sus extravíos. Todas las pasiones ciegan; desconfía de todo lo que tiene parentesco con ellas, y guárdate bien de juzgar ni aun la mas mínima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes. Primera: Te ha inquietado, ó te ha desobedecido un hijo, un súbdito, un criado: disimula, difiere la corrección hasta que estés sosegado y tranquilo; es me-

nester medio día, y algunas veces son necesarios muchos, para que se serene la pasión, y esta dilación siempre te será muy provechosa. Segunda: La misma regla has de observar con todos los que te ofenden. Después de la tempestad y en la calma se presentan los objetos muy de otra manera; entonces podrás obrar como cristiano y como hombre prudente. Tercera: Profesa una humilde, ciega y perfecta sumisión á todas las decisiones de la Iglesia, como tambien una entera deferencia á las órdenes de tus superiores. El primer fruto de la ceguera es la indocilidad; y la mayor prueba de la indocilidad es la adhesión al propio juicio. Cuarta: Condena todas las máximas del mundo, y mira su espíritu con horror. Solo la ceguera interior puede autorizar como del todo inocentes su profanidad, su ociosidad, sus diversiones, sus juegos, sus espectáculos, sus reuniones peligrosas. Quinta: Ten un director santo, ó por lo menos sabio y desinteresado; y nada hagas sin su consejo ó sin su orden. *Ne innitaris prudentiæ tuæ*, dice el Sabio (1): No te fíes de tu prudencia. Vemos las caras de los otros, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR.

San Juan Damasceno, ilustre por su doctrina, pero mucho mas por su virtud; uno de los mas ilustres defensores de la fe, ornamento y columna de la iglesia griega, nació en Damasco, ciudad capital de Siria, por los años 677, cuando estaba ya bajo la dominación

(1) Prov. 3.

de los Sarracenos. Sus nobles progenitores, firmes siempre en la fe de Jesucristo, se habian señalado constantemente mas por el zelo de la religion, que por su esclarecida sangre y por los elevados empleos con que los principes sarracenos los habian honrado. Sergio Mansur, padre de nuestro santo, se aventajó mucho á sus gloriosos antepasados en poder, en crédito y en virtud. Elevóle su mérito á los primeros cargos. Siendo hombre poderoso, empleaba sus riquezas en rescatar cautivos cristianos, y en sustentar á los solitarios que poblaban los desiertos de Palestina. No tuvo otro hijo que á nuestro santo, y así dedicó todo su cuidado á darle una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento.

Logróla sin dificultad; porque el excelente natural y la mucha capacidad del niño Juan le ahorran muchos preceptos. En medio de eso, no hubiera hecho grandes progresos en las letras, viviendo en un país desprovisto de maestros, y en que dominaba la ignorancia tanto como el mahometismo, si la divina Providencia no le hubiera deparado uno capacísimo de instruirle. Pasando un dia su padre por la plaza, se encontró con una tropa de cautivos, entre los cuales le llevó toda la atencion uno vestido de fraile por su circunspeccion y por su singular modestia. Notó, y aun se admiró, no sin piadosa extrañeza, de verle bañado en lágrimas; porque como hombre tan virtuoso, le parecia que ningun cristiano, y mucho menos un fraile, debia afligirse por accidente alguno de esta vida. Acercóse al cautivo, consolóle muy cristianamente, y le preguntó cuál era su profesion. Yo soy, le respondió este, un sacerdote italiano; mi nombre es Cosme, y ni mis lágrimas ni mi dolor tienen por motivo la miseria de la cautividad en que me veo, ni el temor de la muerte que considero cercana. Aflíjome porque habiendo pasado toda la vida

en el penoso estudio de las ciencias, solo por tener algun dia el consuelo de sacar algun discípulo que fuese útil á la santa Iglesia, sin haberme propuesto otro fin, ni pensado en otra recompensa por premio de mis trabajos, los veo ahora malogrados, considerándome destinado á morir en un estéril cautiverio. Sorprendido Mansur de tan extraña aventura, se persuadió desde luego ser alta disposicion de la divina Providencia, que por un medio tan irregular le regalaba en aquel cautivo un maestro el mas á propósito para la enseñanza de su hijo. Rescatóle, dióle libertad, y le hizo preceptor del niño Juan, y de otro niño llamado Cosme, aquel famoso poeta lirico á quien debe la iglesia griega la mejor parte de sus himnos, y al cual habia adoptado por hijo el mismo Mansur. Bajo la disciplina de tan insigne maestro hicieron los dos discípulos tan asombrosos progresos en todas las ciencias, que, reconociendo y confesando de buena fe el religioso italiano que les habia enseñado todo cuanto sabia, pidió licencia para retirarse, y obtenida, se recogió en la laura de san Sábás, fundada en la misma Palestina, donde vivió santamente el resto de sus dias.

El califa Heschan, principe de los Sarracenos, conoció luego el talento de nuestro santo; y apenas murió su padre, cuando le nombró presidente de su consejo, y su tesorero general. Resistióse Juan por su modestia á tan elevados empleos; pero solo sirvió su resistencia para confirmar y aumentar el concepto superior que tenia formado el principe de su consumada prudencia. Suspiraba siempre Juan por la vida monástica; hizo repetidas instancias al califa para que le permitiese retirarse, pero enamorado cada dia mas de la virtud y de la habilidad de su ministro, lejos de consentir en el retiro que anhelaba, le nombró gobernador de Damasco, y le de-

claró como superintendente general de toda la provincia.

Al paso que crecían en Juan las honras y las dignidades, se aumentaba en él la virtud y su religioso zelo. Jamás se vió mayor modestia ni mayor religion en un grande de la tierra. Carecía de límites su devoción, su ternura y su veneración á la Madre de Dios. En todos los cuartos de su palacio habia alguna imagen de la santísima Virgen; esta era el asunto mas comun de sus poesías. La afabilidad, la urbanidad y el agrado con que oía á todos, le ganaban el corazón de cuantos le trataban, mereciendo cada día mas el favor y la estimación del príncipe. Parecía que esta elevación desconcertaba enteramente los intentos de la divina Providencia, haciendo inútil para la Iglesia, así el grande talento de que san Juan estaba dotado, como las ciencias con que se habia enriquecido; pero ninguna cosa es capaz de mudar los eternos decretos de la Sabiduría divina. Era necesaria, al parecer, alguna feliz desgracia para arrojar á san Juan al puerto donde pudiese cumplir tranquilamente las disposiciones del cielo; y con efecto sucedió esta desgracia.

Acababa el emperador Leon Isáurico de excitar una sangrienta persecución contra todos los que rendían culto á las imágenes de Jesucristo, de la santísima Virgen y de los santos; pero encontró en el gobernador de Damasco un enemigo ó un contrario todavía mas temible que el santo patriarca y los doctores de Constantinopla. Aunque vivía Juan fuera de la jurisdicción y de los estados de aquel impío príncipe, se consideró obligado á salir á la defensa de sus hermanos en necesidad tan urgente. Como estaba tan versado así en la antigüedad de la Iglesia, como en la sagrada teología, escribió fuertemente contra aquella impiedad. En los dos primeros discursos que

publicó, muestra la gran diferencia que hay entre honrar y entre adorar las santas imágenes; hace visible demostración de que los fieles, desde el tiempo mismo de los apóstoles; honraron siempre las imágenes, pero que jamás las adoraron. Prueba hasta la evidencia que no hay calumnia mas grosera ni mas mal concebida que esta que se levanta á la Iglesia. « Prohibe » Dios, dice el santo, hacer imágenes para adorarlas, » mas no para honrar á los santos que por ellas se » nos representan; antes bien expresamente ordenó » que para este fin se hiciesen, así en el templo de » Jerusalen, como en el arca del testamento. Quita, » pues, todas las imágenes, y declárate contra el que » las mandó hacer; ó sino, recibelas como con- » viene á cada una. » En el segundo discurso descubre palpablemente la malignidad de este error, y la grosera torpeza de esta herejía. « Antiguamente, » dice, hacia el demonio que los hombres adorasen » hasta las imágenes de los brutos y de las fieras; » ahora, por el contrario, induce este mismo enga- » ñador á los hombres ignorantes é impíos á que nie- » guen á las imágenes de los santos el religioso » culto que se las debe. » El tercer discurso que divulgó todo se reduce á aclarar mas las razones de los otros dos. Envío Juan estos escritos á todos sus amigos y á los prelados de la Grecia y de la Siria, encargándoles que los divulgasen. Como eran sólidos, concluyentes, llenos de instrucción y de una elocuencia viva y persuasiva, hicieron todo el efecto que se esperaba de ellos; confirmaron á los fieles en la fe, y confundieron á los herejes.

Peró como el espíritu de la herejía, cuando no puede engañar á los hombres, hace esfuerzos para perderlos, y en falta de razones recurre siempre á las calumnias, no pudiendo sufrir el emperador griego que un hombre de tan alta reputación en todo el

Oriente combatiese con tanta fuerza y con tanta felicidad todos sus errores, recurrió para vengarse de él al mas infame y mas vergonzoso artificio. Tuvo medio para lograr una carta del santo, firmada de su mano, y buscando un sugeto muy diestro en la pernicioso habilidad de contrahacer letras, hizo remedar la de Juan con tanta propiedad, que era muy difícil distinguir la falsa de la verdadera. Asegurado ya de su acierto, le mandó copiar la carta siguiente, fingiendo que el santo se la habia escrito con el traidor intento de entregarle la ciudad de Damasco; luego que se acercase á la plaza con su ejército. La carta decia así :

Señor, siendo yo cristiano, como lo soy, me juzgo obligado á rendir al emperador de los cristianos el servicio que Dios y mi conciencia piden de mi, contra los enemigos de la religion que profeso. Bajo este supuesto, doy aviso á V. M. de que esta plaza de Damasco está mal guardada, y la guarnicion de los Sarracenos es tan débil, que de ningun modo puede resistir ni aun á los primeros ataques. Suplico á V. M. en nombre de Dios que no deje perder tan bella ocasion de librar de la tirania de los bárbaros una ciudad tan floreciente. Para esto no es menester mas que hacer avanzar las tropas que teneis en la frontera; pues siendo yo gobernador de la plaza, empeño á V. M. mi fe y palabra de cristiano, que dispondré las cosas de manera que la sorprendan sin resistencia luego que se dejen ver. Espero sobre este punto las órdenes de V. M. para la ejecucion de una empresa tan gloriosa á su augusto nombre, y que no podrá faltar, si seguís el consejo que me tomo la libertad de daros; quedando entre tanto con el mas profundo respeto

Juan, muy humilde y muy fiel servidor de V. M.

Remitióse esta carta al califa de Damasco por persona segura, y fué acompañada de otra que le escribia el emperador en estos precisos términos :

La diversidad de religion jamás autoriza á los príncipes para cometer un crimen ni una perfidia, violando la fe que reciprocamente se prometieron por los tratados de paz. En prueba de que yo por mi parte quiero inviolablemente guardarla, os envio esta carta que acabo de recibir de un hombre infame, aunque cristiano, de quien vos os fiáis, y os hace traicion. Esto os convencerá de la alevosia de ese traidor, y de la sinceridad de mi proceder, persuadiéndoos de que en vuestra mano está, siempre que me correspondiéreis, el que yo sea vuestro amigo y aliado.

LEON.

No era extraño que el califa cayese en un lazo tan disimulado. Quedó como mudo y embargado al leer las dos cartas; y tan colérico como aturdido hizo llamar al santo, y le puso la carta en la mano. Indignado Juan mas que sorprendido, exclamó contra tan infame embuste, protestando su inocencia; pero el califa, dejándose llevar de aquel primer movimiento de la cólera, mandó que al punto le cortasen la mano derecha, y que fuese expuesta en la plaza pública, como al instante se ejecutó.

Dejó el santo que se entibiase algun tanto el primer calor de la indignacion del príncipe; y persuadido al anoecer que ya se habria templado, le hizo suplicar que se le restituyese su mano para enterrarla. Con efecto, ya los amigos del gobernador habian hecho conocer al califa el pérvido artificio del emperador griego, y vuelto en sí de aquel pronto arrebatado, condenaba la precipitacion con que habia procedido, sin dar lugar á que se descubriese la calumnia. Hallándole en esta disposicion la súplice

de Juan, la oyó no sin alguna ternura, y consintió que se le entregase la mano. Lleno entonces el santo de una viva confianza, entra en su oratorio, y postroado ante una imagen de la santísima Virgen, hizo la siguiente oracion: « Madre de mi Dios, refugio » seguro y dulce consuelo de todos los fieles, bien » sabeis vos que perdi esta mano solo por haber de- » fendido el culto debido á vuestras imágenes, á las » de vuestro Hijo y de sus santos. Confundid, Señora, » en este dia el error, confundiendo la calumnia. » Haced que esta mano vuelva á juntarse con su brazo, » para que únicamente se emplee en combatir con » esfuerzo los enemigos de vuestro Hijo y vuestros, » sirviendo á un mismo tiempo de testimonio irrefra- » gable á la verdad. » Luego que pronunció estas fervorosas palabras, aplicó la mano al brazo, la cual en aquel mismo momento se unió á él tan perfectamente, que ninguno pudiera creer que hubiese sido cortada, si la divina Providencia, para hacer visible el prodigio, no hubiera dejado señalada en la circunferencia de la muñeca como una línea colorada que estaba demostrando la anterior separacion. Penetrado Juan de reconocimiento y de devocion, pasó lo restante de la noche en cantar las alabanzas del Señor en compañía de toda su familia.

Un milagro tan grande no podia menos de meter mucho ruido; y llegando á noticia del califa, quiso convencerse de él por sus mismos ojos. Quedó igualmente asombrado que arrepentido; abrazó á Juan tiernamente, y rogándole que le perdonase su arrebatamiento, le dijo que le pidiese todo cuanto se le ofreciese, prometiéndole con juramento que todo se lo concederia. El santo, que desde su niñez solo suspiraba ansiosamente por retirarse á la soledad, se aprovechó de tan bella ocasion para obtener esta licencia. Aflijó al principe la inesperada súplica, y

aun hizo cuanto pudo para apartar á Juan de aquel intento; pero como el santo le reconvinó con su palabra y con su juramento, se vió precisado á darle licencia para que se retirase. Luego que se vió exonerado de sus empleos, dió libertad á sus esclavos, repartió sus ricos bienes entre los pobres, las iglesias y los parientes, despidióse del mundo, y con un solo vestido que se reservó, pasó primero á Jerusalem, y de allí á la laura de san Sábás en Palestina.

Habia diferencia entre laura y monasterio. Los monasterios eran semejantes á los nuestros, unos grandes edificios llenos de muchas celdas que ocupaban los monjes; pero las lauras eran como unas pequeñas poblaciones con casas separadas, en cada una de las cuales vivian dos ó tres religiosos. Luego que llegó nuestro santo á la laura de san Sábás, fué recibido en ella sin ser conocido, y fué entregado al gobierno de un monje, que era de los mas ancianos y prudentes; pero descubriendo este desde luego el grande talento y la profunda erudicion de aquel hombre desconocido, no quiso encargarse de la direccion de un sugeto tan sobresaliente. Lo mismo hicieron otros muchos, y todos por el mismo motivo. Solo se encontró uno muy anciano, que, juntando una santa simplicidad con una grande experiencia y mas que mediana sabiduría, se encargó de esta comision; y llevando á Juan á su celda, le dió las primeras lecciones siguientes, como fundamento de todas las demás. Primera: Que nada hiciese nunca por su propia voluntad. Segunda: Que ofreciese á Dios frecuentemente el trabajo manual, las mortificaciones, el silencio y las oraciones. Tercera: Que desterrase de su imaginacion todo pensamiento de mundo, no gloriándose ni en su saber, ni en el sacrificio que habia hecho á Dios, ni en otra cosa alguna. Cuarta: Que renunciase toda vanidad, no deseando ni visiones, ni

revelaciones, ni dones extraordinarios. Quinta : Que desconfiase siempre de sí mismo. Sexta : Que estuviese siempre alerta contra sus propias pasiones, viviendo con recogimiento interior, sin escribir jamás á nadie, sin hablar nunca de sí, ni de lo que habia aprendido fuera del monasterio, guardando inviolablemente el silencio, y advirtiéndole que era malo aun el mismo hablar cosas buenas cuando no habia necesidad.

Observó el santo con la mayor puntualidad todas estas lecciones, y son imponderables los maravillosos progresos que hizo en el camino de la virtud. El buen viejo que le gobernaba solo atendia á hacer mas y mas perfecto cada dia á su discípulo, á domar su orgullo natural, y á postrar las fuerzas de su amor propio. Para esto le mandó que fuese á vender una gran porcion de cestas en la misma ciudad de Damasco, donde en otro tiempo se habia dejado ver de todos con tanto esplendor : señalóle el precio que habia de pedir por cada una, que era el triplo de lo que valian. Partió al instante el santo sin la menor réplica; presentóse en el mercado de Damasco mal vestido, con un semblante extenuado, y con un aire muy sencillo. No era fácil que ninguno llegase á tomarle por su antiguo gobernador, en un traje y en una mudanza tan extraordinaria; burlábanse todos de él en vista del excesivo precio que pedia por sus cestas; teníanle por un pobre simple, y corriendo luego la voz, vino á ser el juguete del populacho, hasta que habiéndole reconocido uno de sus antiguos criados, le compró todas las cestas, dándole cuanto pedia por ellas, pero sin hablarle palabra, ni darse á conocer de él.

Habiendo muerto un religioso que vivia junto á su celda, dejó penetrado de un vivísimo dolor á otro hermano suyo, monje en la misma laura. Este rogó á nuestro santo que para su consuelo le compusiese

algunos versos sobre la muerte. Hizolo Juan, movido de la caridad, sin acordarse de la orden que tenia de no escribir; pero llegando á noticia del viejo que le gobernaba, no quiso tratarle mas, y le echó de su celda. Reconoció el santo su falta, lloró, gimió; pero ni sus ruegos ni sus lágrimas pudieron aplacar al rígido director, sino con la condicion de que por espacio de muchos dias habia de limpiar las inmundicias de dentro y fuera de la laura.

Apenas oyó el santo esta orden, cuando la puso en ejecucion con alegría y con fervor. Prendado el santo viejo de tan profunda humildad y de tan rendida obediencia, corrió á echarle los brazos al cuello, y él mismo le condujo á su celda.

Entre tanto guardaba Juan á la letra todos los consejos que su maestro le habia dado, sepultado en el retiro, humilde, mortificado y recogido, cuando la santísima Virgen se apareció en sueños al buen viejo, y le mandó que no detuviese estancada por mas tiempo el agua viva dentro de su manantial, impidiendo á su discípulo que aprovechase los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido; que le ordenase escribir y clamar contra los errores del tiempo, defendiendo con sus escritos la fe santa de la Iglesia. Enseñado el venerable anciano con esta vision, llamó á san Juan, y declarándole lo que le habia sucedido, le dijo que ya en fin habia llegado el tiempo en que era razon comunicase á todo el mundo cristiano los tesoros que Dios le habia confiado, no deteniendo la corriente de las aguas vivas de que estaban sedientos los verdaderos fieles; que escribiese contra los enemigos de Jesucristo y de sus santos, confundiendo con la pluma á los nuevos herejes.

Recibió Juan esta orden como venida del cielo. Compuso muchas y excelentes obras llenas de erudi-

cion y de piedad : entre otras el gran tratado sobre la veneracion de las imágenes ; muchos discursos en defensa de la fe ; gran número de tratadillos de devocion , tan tiernos y tan afectuosos , como llenos de una divina elocuencia , sobre todo cuando habla de las prerogativas y excelencias de la santísima Virgen. Los admirables discursos que compuso sobre su gloriosa Asuncion , parecen como inspirados por el Espíritu Santo , y no dejan dudar que este dirigia su pluma cuando escribia todas sus obras. No será mucho decir , en honor de san Juan Damasceno , que la Providencia divina tuvo cuidado de recojer los testimonios de la mas venerable antigüedad en las obras de nuestro santo , para que llegase con seguridad hasta nuestros tiempos la tradicion de la iglesia griega. Viendo Dios (quiero explicarme de esta manera) el lastimoso estado á que habian ya reducido á Egipto y á la Siria las conquistas de los Sarracenos , sabiendo que toda el Asia y la misma Grecia habian de gemir con el tiempo debajo del mismo yugo , y que muchos escritos de los padres habian de sepultarse en las ruinas del imperio del Oriente , escogió á nuestro santo para que , juntando lo mas precioso y lo mas sustancial que se encontraba en ellos en orden á los dogmas de la fe , lo transmitiese á la posteridad. Tambien fué nuestro santo el primero , y acaso el único de los Griegos que redujo á método la sagrada teología ; siendo el inventor , ó por lo menos el que dió ocasion á la escolástica de que usan los latinos , y es de tanta utilidad en la Iglesia contra el artificio y sofisterías de los herejes.

Cerca de los años de 740 fué á la laura el patriarca de Jerusalem , y obligó á Juan á que se ordenase de presbitero ; pero sobrevivió poco á este nuevo estado , porque cayó gravemente enfermo , y consumido de penitencias y de trabajos , despues de haber enrique-

cido la Iglesia con gran número de excelentes obras , lleno de merecimientos murió en el mes de mayo , por los años de 770 , teniendo mas de ochenta de edad , y ha sido venerado desde entonces como uno de los mas sabios y mas santos padres de la Iglesia.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Es manifiesta la contradiccion en que cayó aqui nuestro autor ; porque si el santo se ordenó *cerca de los años de 740* , y murió por los de 770 , *no sobrevivió poco al nuevo estado* , pues la supervivencia de treinta años que se cuentan desde el año de 740 , hasta el de 770 , no se puede llamar corta. A esta contradiccion se añade otra. Dice el P. Croiset que nuestro santo murió *teniendo mas de ochenta años*. Esta expresion quiere decir que tenia algunos meses mas de los ochenta ; pero si el santo nació en el año de 676 , y murió en el de 770 , como lo dice nuestro autor , no solo tenia *mas de ochenta años* , sino que contaba noventa y cuatro , pues esos van desde 676 hasta 770. Por tanto , parece que hay equivocacion en estos cálculos , menos en el año en que nació el Damasceno , que casi todos convienen fué el 676 ; y se ha de decir que el patriarca de Jerusalem fué á la laura despues del año de 750 , que obligó á san Juan á que recibiese el orden de presbitero , y que , habiendo muerto en el de 760 , á los ochenta y cuatro de su edad , sobrevivió pocos años al estado del sacerdocio. »

La misa es del santo , y la oracion la siguiente.

Deus , qui nos beati Joannis
Damasceni confessoris tui an-
nua solemnitate lætificas ; con-
cede propitius , ut cujus actio-

O Dios , que cada año nos
alegras con la festividad de tu
bienaventurado confesor san
Juan Damasceno ; concédenos

nes celebramus, etiam imitemur exempla. Per Dominum nostrum...

benigno que imitemos los ejemplos de aquel, cuyas acciones celebramos. Por nuestro Señor.

La epistola es del cap. 9 del Eclesiástico.

Fili, ne respicias mulierem multivolam : ne fortè incidas in laqueos illius. Cum saltatrice ne assiduus sis : nec audias illam, ne fortè pereas in efficacia illius. Virginem ne respicias, ne fortè scandalizeris in decore illius. Ne des fornicariis animam tuam in ullo : ne perdas te, et hæreditatem tuam. Noli circumspicere in vicis civitatis, nec oberraveris in plateis illius. Averte faciem tuam à muliere compta, et ne circumspicias speciem alienam. Propter speciem mulieris multi perierunt : et ex hoc concupiscentia quasi ignis exardescit.

Hijo, no pongas los ojos en mujer que ama á muchos, no sea que caigas en sus lazos; no frecuentes á la bailarina, ni la oigas, no sea que perezcas con sus artificios. No mires á la virgen, no sea que su hermosura te sea ocasion de escándalo. No sujetes en nada tu alma á las rameras, para no perderte á tí y á tu herencia. No traigas los ojos por los barrios de la ciudad, ni andes vagando por sus plazas. Aparta tu vista de la mujer aderezada, y no mires cuidadosamente la hermosura ajena; por la belleza de la mujer perecieron muchos, y de ella arde la concupiscentia como fuego.

NOTA.

« Dice san Jerónimo que los antiguos llamaban » al libro del Eclesiástico *panaretos*, nombre griego » que significa *toda virtud*; porque ninguna hay que » no se enseñe en este excelente libro. Es una filosofía » moral universal, que combate todos los vicios, » muestra el camino de todas las virtudes, y arregla » las costumbres de toda clase de personas. »

REFLEXIONES.

¡Oh, y qué altamente se condenan las perversas máximas del mundo por todas estas saludables adver-

tencias que nos hace aquí el Espíritu Santo! ¡A cuántos y á cuántas forma el proceso esta sola epistola! ¿Llegó jamás á mayor exceso la profanidad de las mujeres, sus adornos han sido nunca mas engañosos, y mas exquisitos? Ya no se ocultan los lazos; el arte de tentar es hoy el mas ordinario estudio de las mujeres; ni sirve de asilo el sagrado de los altares; todo es peligros en estos infelices tiempos. ¿Y qué precauciones, qué preservativos se toman, qué armas se manejan contra tantos enemigos, contra tantos artificios, contra tantos peligros?

Pero si los lazos que se arman á la inocencia están extendidos por todas partes, ¿no es así que en los espectáculos se hallan todos reunidos? Despues de lo que el Sabio nos acaba de enseñar, ¿habrá valor para decir que los espectáculos son inocentes, y que en ellos no se descubre cosa mala? ¿Es posible que todavía se hallen cristianos que estén persuadidos de que se puede asistir á los espectáculos sin el menor peligro? ¿quién no ve que ya no son estos una diversion aérea, muda y de pura ociosidad? Son un conjunto engañoso de todos los objetos que pueden deleitar; ninguno se presenta que no tienda derechamente á embelesar el alma con mil dulces atractivos, y á encantar el corazon con lo mas seductor y mas pegajoso que tienen las pasiones. Sin este delicioso artificio perderia el teatro todo lo que le hace agradable; quiérese que el espectáculo incite y mueva: seria lánguida la escena si no irritara alguna pasion; todo conspira á engañar el alma y á derretirla. Guiado el corazon por los ojos y por el oido, se para en todo lo que embelesa; enmudece la razon en vista de tantos atractivos; no se oyen los gritos de la religion con el ruido y con el estruendo de tanto embeleso; deséchase todo aquello que no lisonjea á los sentidos. Ahora pregunto: rodeada el alma de tantos objetos capaces de incitarla,